

cuela que «antes de *b* y *p* se escribe *m* y no *n*», se han creído que es esto regla de ortografía castellana y no, como es, hecho fonético común al castellano y al vascuence, y que si se escribe *campo* es porque hablando corrientemente y sin esfuerzo se dice *campo* y no *canpo*, como en vascuence se dice *kámporá* y no *kanporá*, e ignorando o queriendo ignorar esto escriben *Ganboa*, *Unbe*, *Larunbe*, etc., no más en el fondo que por oponerse a lo que creen manera castellana. Escritor de éstos hay que luego de afirmar que la forma *don* (la misma que el castellano *Don*, de *dominus*, *domne*) es permutación de un *deun* que supone existiera sacándolo de *deungue* (lo escribo con ortografía castellana), «malo» (*gue* pospuesto equivale en vascuence a nuestro *in* prepuesto), forma aquélla, *don*, que hallamos en *Don-Ostiya*, *Don-Ostian*, es decir, «Don Bastián», o sea San Sebastián, y en *Don Ibane*, San Juan (el *Ibane* es análogo al que se halla en el apellido *Ibáñez*, descendiente de Juan o Ibán); añade que prefiere el *deun* hipotético, y a mi juicio falso, y muy discutible al menos, al *don* real porque «esta segunda (forma) se confunde con la voz española *don*». He aquí el principio de donde han salido esas pueriles travesuras de escribir *Bizkaia*, *Araba*, *Gipuzkoa*, *baskongado*, etc.

Mas dejando todo esto, y en espera de que se enderecen por mejor camino para el porvenir de la raza vasca tales esfuerzos, y una vez indicado cómo nació y cómo ha crecido y se mantiene la leyenda del vascuence, cúpleme mostrar la verdad de su estado y situación y exponer lo más serenamente que me sea posible y con la mayor objetividad que en mí quepa, el por qué reputo al curiosísimo idioma nativo de mi raza inepto para acomodarse a la moderna cultura y condenado, por lo tanto, y en provecho nuestro y de los pueblos todos de habla española, a muerte próxima.

## IV

El *imposible vencido* llamó Larramendi a su Gramática de la lengua vascongada, para dar a entender con semejante título que era posible trazar la gramática del vascuence. Y, aunque parezca mentira, todavía queda por esos mundos de Dios gente que con toda ingenuidad pregunta si tiene el vascuence gramática; que es lo mismo que preguntar si tal o cuál animal tiene anatomía y fisiología. Mucho hay que difundir la

cultura hasta que no quede maestro alguno de escuela que se figure que hay lenguas sin gramática, caprichosas, forjadas al buen tun-tun.

Y no sólo tiene el vascuence, como todos los idiomas, gramática, sino que hasta podemos decir que tiene demasiada gramática, o lo que es igual: que su gramática es más compleja, más enredada y más difícil que la de otros idiomas.

Y como sucede casi siempre en casos análogos, lo que hace al vascuence más embarazoso y de peor manejo, lo que le aproxima y asemeja a los idiomas de los pueblos más atrasados, alejándole y desemejándole de las modernas lenguas de cultura, de las lenguas europeas analíticas, esto es precisamente lo que más excita la admiración de sus alabadores, como en Astarloa vimos. Es ese «prodigioso y divino verbo», como le llama uno de sus teorizantes, que tiene, sin duda, por *humanos* a los verbos de otros idiomas. Los gramáticos vascongados, instruidos en las conjugaciones relativamente sencillas y simples de los modernos idiomas —en la del latín y las lenguas neolatinas por lo común—, se extasían ante la complicada trama de la conjugación del eusquera, viendo preeminencias y perfecciones en lo que no es más que rezago de un período lingüístico por el que acaso pasaron las lenguas indo-europeas.

Las lenguas llamadas polisintéticas y aglutinantes, que son en general las de las tribus más atrasadas, son, en efecto, más complicadas que las lenguas analíticas de casi todos los pueblos europeos. Con el criterio de esos panegiristas del verbo vascongado, el aimara o el quichua son lenguas más perfectas que el inglés.

La tendencia en los idiomas modernos es a la especialización, a expresar mediante las combinaciones de partículas invariables e independientes lo que se expresaba con exponentes variables y sujetos a la radical, a sustituir con sintaxis la morfología. Así los romances han suprimido, por desgaste, la declinación latina, sustituyéndola con el empleo de preposiciones.

Obedece este proceso al principio general que los rige todos, y es el de la menor resistencia. En lenguaje la cuestión es darse a entender con el menor esfuerzo mental y fónico posible, como en economía estriba todo en producir lo más posible con el menor gasto que quepa. Con un ejemplo aclararé la idea.

En castellano expresamos el régimen directo y el indirecto del verbo mediante pronombres —me, te, se, le, lo, la, los, las, nos, os— y nos valemos de verbos auxiliares o de adverbios para expresar distintas modalidades de la acción, como son

la dubitativa, la potencial, etc. El vascuence, para cada expresión de éstas tiene su forma propia, yendo embebidos en lo que llamaré flexión verbal tanto el régimen directo como el indirecto. Y hay que tener en cuenta que muchas de las formas que registraron Larramendi, Zabala y otros, han desaparecido del uso corriente casi por completo. Decimos en castellano: *lo he visto, los he visto, te he visto, te lo he visto, te los he visto, se lo he visto*, etc., formando con las combinaciones de los cuatro pronombres *te, lo, los, se* hasta siete expresiones, que exigen siete formas en vascuence. Y son <sup>1</sup>:

te he visto = ikusi zaitut  
 lo he visto = ikusi dot (ikusi det)  
 los he visto = ikusi dodaz (ikusi ditut)  
 te lo he visto = ikusi deutsut (ikusi dizut)  
 te los he visto = ikusi deutsudaz (ikusi diskizut)  
 se lo he visto = ikusi deutsal (ikusi diot)  
 se los he visto = ikusi deutsalaz (ikusi diozkat)

Y no se diga que para el caso es lo mismo emplear partículas separadas y movibles o sufijos y

<sup>1</sup> Las cito en lo que suele llamarse, aunque mal llamado, dialecto vizcaíno, y digo *mal llamado*, porque las diferencias dialectales en el vascuence no concuerdan con la división histórica y administrativa en provincias. El dialecto de la parte de Guipúzcoa rayana con Vizcaya, v. gr., se parece mucho más al vascuence de parte de Vizcaya que al de la parte oriental de Guipúzcoa.

exponentes embebidos en la flexión, porque al decir en castellano *te he visto*, el *te* es una partícula viva en la conciencia del que la emplea, y lo son las partículas *te* y *lo* en *te lo he visto*, mientras que el vascongado que dice *ikusi zaitut* (te he visto) e *ikusi deutsal* (te lo he visto) no tiene conciencia, como no haya hecho estudios especiales, del valor de la *z* de *zaitut* o del *-tsu-* de *deutsal*. Al decir *ikusi gaitu*, nos ha visto, y luego *ikusi deusku*, nos lo ha visto, la *g* de *gaitu*, lo mismo que el *-ku* de *deusku*, provienen del pronombre *gu*, nosotros; pero de eso no tiene conciencia el que los usa, como el castellano tiene conciencia del *nos* y de *lo*. Y otras veces ni aun al analista gramático le es fácil hallar la filiación de las formas aglutinativas, pues si vemos la *n* de *ni* o *neu*=yo, en *ikusi nau*, me ha visto, ¿dónde está el análisis de *ikusi deust*, me lo ha visto?

Con los seis pronombres *me, te, le, nos, os, les*, pueden formarse  $6^2$ , o sea 36 combinaciones —*me veo, te veo, le veo, te ves, le ves, nos ve, etc.*—, y quitando de ellas cuatro no hacederas (*nos veo, os ves, me vemos y te veis*), quedan en 32. Las combinaciones con dos pronombres *me lo veo, te lo veo, etc.*—, son  $6^2 \times 2 = 72$ , y quitando las no posibles —*yo nos lo veo, tú os lo ves, etc.*—, que son 8, y teniendo, además, en

cuenta que el *se* lo mismo sirve para el singular que para el plural—*se lo he visto* a él, *se lo he visto* a ellos—, hay que quitar otras 12, en junto 18, quedando 72 menos 18, o sea 54. Estas 54 hacen con las 32 anteriores 86 combinaciones con 15 partículas. El vascuence necesita 86 formas aglutinativas. Y este cálculo puede extenderse mucho, y cuanto más se extienda más se verá la diferencia. Ahora se comprende el entusiasmo que producían a Astarloa aquellas 206 conjugaciones con sus 30.952 formas.

El castellano, el francés, el italiano, el inglés, el alemán, estos pobres *erderas* —que es como se llama en vascuence a todo idioma que no sea el *eusquera*—, estos pobres *erderas* tienen que valerse para suplir esos miles de formas, de la combinación de pronombres y del uso de adverbios y auxiliares. Acaso tengan razón los que creen que el medir por metros y sus divisores, el pagar por pesetas y céntimos y el pesar por gramos, múltiplos y divisores de gramo, es más pobre que medir por leguas, millas, varas, pies, palmos, pulgadas y líneas con todas sus variedades, pagar por onzas, duros, escudos, ducados, cuartos, ochavos y maravedises; y pesar por arrobas, libras, onzas, cuarterones, adarmes y otras pesas, variándolas, si es preciso, según la materia que se pese.

Basta echar una ojeada a una gramática vascuence para percatarse de cuánto más complicado que el castellano, pongo por caso de idioma analítico moderno, es el vascuence, y sorprende el que haya quien vea perfección en ese embarazoso lío.

Pasemos al léxico.

¿Es el vascuence una lengua rica? He aquí una pregunta a la que, hecha así, a quemarropa y de sopetón, no cabe responder categóricamente ni respecto al vascuence ni respecto a otros idiomas. Es menester que sepamos antes qué ha de entenderse por riqueza de una lengua.

Hay, en primer lugar, el caudal efectivo, el que de hecho se usa, los vocablos de empleo general y corriente, y hay luego el fondo potencial, los que podrían formarse y usarse fraguándolos con radicales del idioma mismo, y según los procedimientos que para la composición y derivación emplea éste. Respecto a lo primero, al caudal efectivo, difícil sería probar que un aldeano vasco emplea más voces que un lugareño castellano, mientras que un vascongado de alguna cultura no puede hablar de una porción de materias en vascuence y con voces genuinamente vascas con otro paisano, también culto, pues no disponen de antemano de un caudal suficiente de palabras que entiendan ambos

a seguida de oirlas. Quien quisiera traducir al vascuence las obras de Cervantes, Calderón, Fray Luis de León, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, etc., tendría que *inventar* muchísimas palabras, y se vería apurado a las veces aun contando con la facilidad de derivación que el vascuence ofrece.

No puede decirse de lengua alguna que tenga tantos o cuantos miles de vocablos, ni uno más ni uno menos. A cada momento nacen y mueren palabras, las lenguas todas están en formación continua. El vascuence es un idioma que mediante sufijos ofrece muchísima facilidad de derivación, y en esto se fundan para hablar de su incomparable riqueza los que han dado en la flor de inventar terminachos nuevos, cuando no de corregir los usuales, creando una lengua artificiosa y de estufa que ni los que la forjan la entenderán al cabo. El Consistorio de Juegos florales de San Sebastián ha llegado al ridículo extremo de ofrecer premios a quien presente tal o cual número de términos técnicos de ciencias y artes compuestos con raíces vascas, y allá se han ido unos cuantos ingenuos, poniendo en vascuence a la física, a la química, a la acústica, al telégrafo, al teléfono, al esfígmógrafo... y a todo cuanto en griego anda entre nosotros.

El ejemplo lo dió Larramendi en su *Diccionario trilingüe* (vascuence, castellano y latín), obra de tesis más que de investigación, escrita a tiro hecho y *ad probandum*. Propúsose en ella, en efecto, demostrar que en vascuence podía expresarse todo lo que en castellano se expresaba, y para ello cojió un Diccionario de la lengua castellana y se puso a traducirlo al vascuence. De haber sido su obra de investigación y no de tesis, habría sido diccionario vasco-castellano y no castellano-vasco como fué.

Al encontrarse Larramendi con una voz castellana, ponía en seguida su correspondiente eusquérica, ya tomándola del propio caudal, del vascuence que él hablaba, ya acudiendo a buscarla de boca del pueblo, para lo cual no dejó de realizar trabajos de rebusca. Pero ocurría no pocas veces que la voz castellana no tenía correspondiente vascongada de ordinario para significar una idea de que carecía el pueblo euscalduna o de lengua vascuence, y entonces la inventaba, mejor o peor. Llegó a la voz *espíritu*, pongo por caso, y encontróse con que no hay en vascuence vocablo indígena y propio con que expresarla, usándose la voz *izpiritu*, de evidente origen latino <sup>1</sup> y nues-

<sup>1</sup> No estoy seguro de que no haya algún paisano mío que sostenga que el latín *spiritus* deriva del vascuence *izpiritu*.

tro entusiasta vascongado se propuso fraguarlo con radicales eusquéricas. Y se dijo: «El espíritu es una sustancia inmaterial, sutil, delicada; llámémosle, pues, sustancia delgada o sutil.» Mas vele aquí que tropieza con otra dificultad, y es la de que tampoco tiene el vascuence vocablo para expresar la idea de *sustancia*, por la sencilla razón de que el pueblo no conoce más sustancia que la del caldo. Acudió entonces al latín y se dijo: «*Sustancia* es el latín *substantia*, que deriva de la preposición *sub*, debajo, y el verbo *stare*, estar; sustancia es lo que está debajo de los accidentes, sustentándolos; tenemos en vascuence por estar *egon* y por la preposición *sub* tenemos la posposición *be* o *pe*: luego *ego-pe* equivaldrá a *sub-stantia*.» Y una vez obtenido, por tan ingenioso medio, un vocablo de que el vascuence carecía —y sigue careciendo—, tomó la voz *me*, delgado, sutil, y formó *megope*, espíritu, sustancia sutil. Lo malo es que ni había ni hay vasco a quien diciéndole *egope* y *megope* entienda de qué se trata. Si habiendo desarrollado el pueblo vasco, en serie de siglos —que no menos hace falta— una cultura propia, indígena, hubiera llegado a la concepción de sustancia y a la de espíritu, habría formado vocablos con qué expresarlas; pero ¿habrían sido, ni por aproximación siquiera, los que armó

el bueno de Larramendi? Porque éste no vió que la palabra latina *substantia* implica una concepción, también latina, de la sustancialidad, y que el terminacho *ego-pe*, tras de ser un verdadero acertijo indescifrable para un vascongado, es una palabra fraguada a la latina.

Tal es el riesgo que corren cuantos se meten a construir, con mayor o menor fortuna, vocablos vascongados expresivos de ideas de que el pueblo que habla vascuence como lengua única o casi única, carece. En la composición y derivación de un vocablo va implícita una comprensión dada de la idea que él expresa, va implícita una cierta filosofía; y esa filosofía reflexiva y conciente, ¿es acaso la filosofía espontánea e inconciente que pondría en juego el pueblo mismo para crearse sus vocablos? Porque no todos los pueblos llegan a una misma idea por el mismo camino. Y así ocurre que no pocos de los terminachos que siguen inventando algunos de mis paisanos están forjados latina o escolásticamente, aunque con raíces y sufijos vascos.

Para remediar esto se le ha ocurrido a alguno acudir a otro arbitrio, y es extender traslaticia-mente el valor de tal o cuál vocablo, aplicándolo a una significación nueva. Y se ha dicho: «Si *spiritus* significó primitivamente soplo, y sólo más

tarde vino a decir lo que hoy, busquemos en vascuence un vocablo al que, estirándole un poco el sentido, se le haga decir espíritu.» Y se fijó en el término *gogo*, que equivale a «humor, estado de ánimo, ganas, apetito, etc.»<sup>1</sup>, y le estiró de significado. Y me he encontrado en un catecismo con esta fórmula: *Aitiaren eta semiaren eta Gogo Deunaren*<sup>2</sup> *izenian*, que si quisiera decir algo para un aldeano vasco, no querría decir lo que se quiere decir en ella, sino esto otro: «En el nombre del Padre, y del Hijo y de las Santas Ganas.» Esto es pecar contra el Espíritu Santo, pecados que no admiten remisión.

Y es que una lengua no es un mecanismo en el que puede meter mano cualquiera y ponerle o quitarle ruedas o tornillos según le venga en talante. La lengua es un organismo que se nutre y se desarrolla según leyes propias, conforme a su fisiología, y la ley capital a que obedecen los que la hablan es una ley de economía, la del menor esfuerzo. Con la idea o el objeto nuevo que otro pueblo nos trae, recibimos el nombre con que lo expresa, y lo modificamos para acomodarlo a

<sup>1</sup> Ejemplos: *gogo ona dauke* = tiene buen humor, *ez taukat gogorik* = no tengo ganas.

<sup>2</sup> El *deun* por «santo» es otra invención muy discutible, otro infundio.

nuestra pronunciación, porque esto exige menos esfuerzo de nuestra parte que no el echarnos a buscar el modo de expresarlo en nuestro propio idioma. Cuando se introdujo el tranvía eléctrico en España, con el trole vino su nombre inglés *trolley*, y de *trolley* hicimos trole, porque exige esto menos esfuerzo que inventarle voz castellana. Y así cuando los misioneros cristianos, misioneros españoles, introdujeron el cristianismo en el país vasco con las ideas de espíritu, alma, voluntad, iglesia, infierno, cielo, etc., introdujeron los vocablos con que las expresaban, y esas ideas se expresan en vascuence con términos latinos: *izpiritu*, *arima*, *borondate*, *eleiza*, *inpernu*, *zeru*, etc.

## V

He tocado a un punto de que hace algunos años traté, y es del elemento alienígena en el idioma vasco.

De que la mayor parte del caudal léxico del vascuence le es propio, no cabe duda. Sayce exagera enormemente al decir que la mitad de sus voces son de origen extraño; pero exagera no menos Cénat Moncaut al afirmar que no pasan éstas

de una cuarentena. Pasan de cuarentenas, y en lo que tampoco cabe duda es en que el elemento alienígena, el caudal de voces de origen latino es, con ser el menor, el que expresa las ideas más elevadas y más complejas, los conceptos de cultura. Y la cosa es lógica, pues la civilización y cultura que hay en el país vasco son de origen latino.

Son de abolengo latino, desde luego, los términos expresivos de ideas religiosas, pues la religión del pueblo vasco es religión latina.

Así ocurre con *impernu* = infierno, *zeru* = cielo, *fede* = fe, *eleiza* = iglesia, *gurutze* = cruz, etc. Y con ellas las nociones psicológicas que a la cultura religiosa se deben. Tenemos, entre otras voces latinas, *bertute* = virtud, *errazoy* = razón, *borondate* = voluntad, *zentzun* (sensus) = sentido, *seso*, *izpiritu* = espíritu, *arima* = alma, y como opuesta a este *gorputz* (corpus) = cuerpo, pues el cuerpo no es conocido como tal, sino en oposición al alma. Esta lista podría prolongarse. (La di más completa en mi ensayo *El elemento alienígena en el idioma vasco*, publicado en los números 8 y 9 de la *Revista de Vizcaya* de 1886.) De objetos que revelan cierto grado de cultura doméstica, muchos, como la caldera, la cuchara, el jarro, etc., tienen nombre latino; latinos son los nombres de precio

y relaciones económicas (*aberatsu*, rico, deriva de *abere*, ganado, que alguien hace derivar del latín *habere*, aunque esto sea más que dudoso; los *averes* se llamaba a los bienes en antiguo castellano, y aun hoy «los haberes»), y es curioso que sean también latinos los dos nombres que expresan la guerra y la paz respectivamente. Latinas también las voces con que se expresa la ley y el rey.

Pero hay algo aún más significativo, y es la pobreza del vascuence en términos genéricos. Cada especie de árbol, de animal, de planta, cada color, etc., tienen su nombre propio cuando el árbol, el animal y la planta son del país<sup>1</sup>; pero los nombres genéricos árbol (*arbola*), animal (*animale*), planta (*llandare*, que es el latino *plantarium*), color (*kolore*), etc., se expresan con nombres latinos. El pueblo vasco era un pueblo que antes de recibir la cultura latina no se elevaba al grado de abstracción que exigen los conceptos genéricos. El término más genérico, el de «cosa», el *ens* de los escolásticos, se expresa en vascuence por la voz *gauza*, derivada, como el castellano *cosa*, del latín *causa*. «Tiempo», otra noción muy genérica, se expresa con voz latina.

<sup>1</sup> Y aun esto no siempre. El haya, la higuera, el pino, el castaño, el cerezo, el sauce y otros, tienen nombre latino.



Todo lo cual es naturalísimo. El idioma vasco lo era de un pueblo que antes de ponerse en contacto con los pueblos latinizados que le rodean vivía en un estado casi salvaje; no queda rastro alguno de civilización alguna indígena, que no ha debido de haber. Los latinos civilizaron a nuestros abuelos, y al civilizarlos les metieron con los conceptos y objetos de cultura las voces con que los expresaban. Y el vascuence permaneció siendo una lengua rural, en que apenas se hablaba más que de la vida cotidiana, de la vaca y de la borona, una lengua sin literatura. Hasta las leyes y los fueros están escritos en castellano; no hay legislación en vascuence.

Y esta lengua ¿es posible convertir, con la premura que la vida del país exige, en lengua de cultura?

Una lengua vive y se nutre y se acrecienta y decae, y acaba por morir como cualquier otro organismo, y como cualquier otro organismo vive en un ambiente y del ambiente. Idioma que de sí mismo se nutre, pronto se agota. Ciertamente es que así como del huevo, encerrado en su cáscara, de las reservas nutritivas que en sí lleva se forma el pollo, así una lengua puede desarrollarse de propio fondo. Tal le sucedió al sanscrito, tal al griego, y al alemán en gran parte. Pero para esto es pre-

ciso que el pueblo que la habla desarrolle una cultura indígena y propia. La lengua y la cultura se hacen a la par, accionando y reaccionando una sobre otra.

El pueblo vasco no tiene cultura indígena propia; su religión, su arte, su ciencia, sus industrias, todo es recibido de los pueblos que le rodean. Además, una cultura propia no se improvisa; exige la labor de generaciones en serie de siglos, y labor así exigiría el traducir a vascuence la cultura moderna. Todo lo demás serán vanos esfuerzos de eruditos que forjan desde su gabinete un volapük con raíces vascas, y que no se entenderán unos con otros, como no se entienden ni aun para adoptar una ortografía común. Es que no se supe de ningún modo la colaboración, o mejor la acción del pueblo mismo, y el pueblo vasco, el verdadero pueblo, encuentra menos costoso tomar el castellano o el francés ya hechos, que no hacer de su vieja lengua una nueva lengua que le sirva para su nueva vida, para la vida que se desarrolla en las villas industriales y mercantiles.

Lo común en una lengua es nutrirse de fuera. Cuando se formaron los romances o lenguas neolatinas era muy pobre la cultura de los pueblos que los hablaban; pero se conservaba cual precioso legado la literatura latina, preñada de una cul-

tura, y al latín, su madre, acudieron para enriquecerse. Y así vemos en castellano, en portugués, en catalán, en francés, en italiano, junto al elemento viejo o primitivo, al fondo con que se formaron, otro elemento allegadizo posterior. Mas como estos idiomas son latinos, las voces que del latín se introduce en ellos consueñan con su primitivo fondo. El inglés mismo se enriqueció con elemento normando, y esto le ha permitido luego aceptar copioso caudal de voces latinas, merced a su mestizaje lexicológico.

La mezcla de dos organismos es fecunda y hasta provechosa cuando los organismos tienen un cierto grado de parentesco; cuando de este grado se alejan, el hibridismo es estéril. El catalán ha podido y puede recibir voces latinas, castellanas o francesas, catalanizándolas, porque es lengua latina; pero el vascuence, si las recibe, degenera en jerga.

La primera necesidad es la de vivir, y la necesidad de vivir trae consigo la de acomodarnos y adaptarnos al ambiente. El pueblo vasco tiene que vivir, y para ello tiene que adaptarse al ambiente de cultura en medio del cual vive, y para esa adaptación le estorba el vascuence.

Sospecho que la idea radical de los más de mis paisanos que pelean por prolongar la vida del mo-

ribundo eusquera, es una idea hostil, percátense o no ellos de esto, a la cultura a que tenemos que adaptarnos. Nunca olvidaré las palabras de un cura que predicando en vascuence decía a sus feligreses: «No enviéis vuestros hijos a la escuela, que allí les enseñan castellano, y el castellano es el vehículo del liberalismo.» La cultura moderna se llama liberalismo. Ni tampoco olvido lo que un paisano, fervoroso adorador de las llamadas tradiciones, me dijo una vez: «¡Cultura...! ¡cultura...! ¡siempre está usted con eso! Vale más ser feliz que ser culto.» Lo malo es que al que se resiste a la cultura no le dejan gozar de su felicidad, si es que la hay en la ignorancia consentida y vencible.

## VI

El hecho es que el vascuence se muere, hagan lo que quieran por prolongarle la vida aquellos de mis paisanos que carecen de valor moral. Porque el valor moral consiste en saber plegarse a la ley de la vida, y en saber sacrificar a la razón y las exigencias vitales los más caros sentimientos.

La pérdida del vascuence es inevitable, y lejos de deplorarla debemos desear los buenos vascon-

gados que sea cuanto antes. Motejar de hijo espúreo y otras expresiones tan hueras como ésta a quien lo desea, es empeñarse en que queramos todos a la madre del mismo modo y obstinarse en que quien no la quiere, como yo creo que debe querérsela, es que la odia. Me parece una torpeza que nos empeñemos en luchar contra otros pueblos, que vienen armados de máuseres, con nuestras viejas armas, porque son nuestras y las heredamos de nuestros padres, en vez de cojer las suyas y manejarlas a nuestro modo.

El vascuence se muere, y no se logrará resucitarlo con certámenes ni cátedras. Lo único que queda, ya lo dije en Bilbao, es embalsamarle en ciencia; recojer con filial piedad sus restos antes de que se suman en el olvido; levantarle un monumento funerario. Y este monumento que acredite a las generaciones venideras el amor de los vascos a su casta y a su vieja lengua, no hará sino afearse con invenciones fantásticas, con correcciones caprichosas de lo vivo, con esos ridículos esfuerzos por crear un volapük. Recojer el vascuence, *tal y como se habla*, sus distintos dialectos y subdialectos, fijar por la escritura sus formas usuales y corrientes, cosechar y entrojar lo que de él aún queda sin meterse a dar pases de buen o mal vascuence.

Leo en una gramática vascongada:

«El vulgo eúskaro en vez de *non* suele emplear *nun* = dónde, en vez de *noiz* = cuándo, algunos bizkaínos *nos*; por decir *zelango* + *a* = de qué cualidad, *zelako* + *a*, *zeinbait* (cuántos) = *zematx* o *zemait*. No deben emplearse.»

¡No deben emplearse! ¿Y por qué? Es la lógica misma de los que dicen que no debe decirse *carnicería*, sino *carnecería*, porque deriva de *carne*. Cuando el vulgo dice *nun* y *nos* y *zelakoa*, lo dice por algo. Es la lógica de la Real Academia que hace escribir *septiembre* — a los que lo escriban, a mí no, que no llega a tanto mi servilismo — por acomodarlo a la voz latina, y no nos hace escribir *siepte* por la misma razón.

Y en el país vasco son bastantes los arbitristas que fundándose en suposiciones individuales y en etimologías, las más de las veces caprichosas, se meten a corregir la lengua tal como se habla, desdeñosos del inmortal precepto de Horacio: *usus, et ius et norma loquendi*. Tal hubo que por habersele antojado que *beguiak* (lo escribo como se pronuncia) = los ojos derivaba de *bi-guiak*, dos guías, lo escribía así, y es como aquél que creyendo que al *seminario* se le llama así porque en él se examina, le llama *examinario*.

Más daño harían al vascuence esos arbitristas,

si fuera el vascuence a sufrir por tales cosas, que los que buenamente creemos que se muere sin remedio y lo proclamamos así. Más daño le hacen los curanderos que le asisten en su lecho de agonia, que los que nos disponemos a cantarle los funerales y a embalsamarlo. Estando el verano pasado en un pueblecito cercano a Lequeitio, en Amoroto, pude ver en la escuela un catecismo en vascuence plagado de terminachos eusquérico-volapükescos y de todo género de caprichosas innovaciones, y me pude enterar de que los pobres niños apenas entendían palabra de aquello. Es lo que faltaba: que el fanatismo bizkaitarresco llegue hasta enseñar a los niños la doctrina en una jerga. Así se precipita lo que se quiere retardar.

Que se vaya hoy a los habitantes de la antigua Lituania y se les pregunte si quieren volver a hablar el lituánico, dejando el alemán, y se verá lo que contestan. Así sucederá con los vascos de mañana, cuando hayan abandonado por completo el vascuence. Por mi parte me compensa de los torpes insultos que algunos de mis paisanos me hayan dirigido el pensar que sus nietos me darán la razón algún día.

A los que me digan que bien puede el pueblo vasco aprender castellano sin olvidar el vascuence, les diré que esto envuelve un cándido desconocimiento de la vida. Cuando sea el castellano la lengua corriente y usual, raro será el que se tome la molestia de aprender vascuence, que de no servirle para entenderse con sus hermanos, de poco o nada *útil* le habrá de servir; preferirá emplear ese tiempo y ese esfuerzo en aprender francés, inglés, alemán... cualquier otro idioma. Y pensar que tenga el pueblo dos lenguas usuales, domésticas y para diario, es pensar una niñería.

No falta tampoco quien diga en mi país que si se ha de morir el vascuence, adoptemos el francés o el inglés antes que el castellano. Aunque parezca estupendo, lo he oído decir. La cosa es tan risible que no merecería la menor atención, si no fuese porque envuelve un sentimiento despreciable y malsano, una pestilente hostilidad a un pueblo al que se desprecia sin conocerlo y sin otro motivo que una petulancia y una presunción insoportables. Afortunadamente el vasco suele ser hombre de bien asentada salud espiritual, y se ríe de estas cosas.

Setiembre-October de 1902.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO